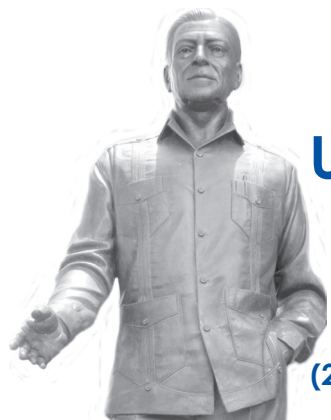




Un dramático bautizo deportivo

(20 de noviembre de 1955)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2595

DOMINGO 7 DE JUNIO DE 2020



ESCRIBEN: Yunuén Cuevas, Herles Velasco, Eréndira Cortés,
Ángel Gaona, Leopoldo Barragán, Carlos Hernández, Lía Llamas,
Noé Sampederro, León Mendoza y Carlos *Caco* Ceballos.

Vías del recuerdo

Yunuén Cuevas

—Me dijo que volvería, me lo dijo mirándome a los ojos cuando se fue. Traía pantalón de mezclilla, su camisa azul de franela y sus gafas veinteañeras, ¿seguro que no lo ha visto? —me preguntó con la mirada perdida y fija en los rieles que dieron vida a aquella vieja estación.

Era mediodía del 24 de diciembre, pero acudí al lugar sólo a hacer revisión debido a una llamada de advertencia, así que me comían las ganas de irme a casa a oler el delicioso pavo que preparaba mi esposa para la cena familiar. Todo lo que tenía que hacer era llegar a las vías, revisar que todo estuviera bien e irme. Pero no. Estaba ahí, siendo interrogado por aquella mujer de mirada distante, pelo cenizo y pies curtidos por el tiempo.

—No señora, no he visto a nadie por aquí. Y ni creo que aparezca alguien. A las 10 fue el último tren de carga. Y como es 24, ni mañana pasará —dije, pero eso no la inmutó en lo absoluto, porque ella continuó:

—Me susurró al oído nuestros sueños, como quien quiere quedarse o al menos hizo el intento o al menos quería dejarme tranquila, vaya usted a saber. El viento era cada vez menos, nuestra piel curtida por el sol y la sal parecían necesitarse mutuamente. Me abrazó fuerte, como cuando se abraza a las palmeras pa' no caerse cuando uno va a bajar la tuba de los cocos. Yo, traía mi vestido amarillo, ese de flores de primavera, ¿ha visto las primaveras florear? Florean en primavera ¿qué curioso verdad? Así iba yo, de amarillo, como quien quiere que su hombre se quede. Los labios rojos, como cuando me los pintaba con aquel pinturete que mi mamá me compró en el mercado, ¡ah, cómo me gustaba!, a él le gustaba aunque lo dejara como pitaya, aunque pareciera que le dieron de pedradas en la boca, aunque tuviera que quitárselo con agua y jabón. Pero ese día no iban mis labios rojos por el pinturete, sino por la sangre que salía cada que los mordía como queriendo detener el tiempo —parecía que describía una imagen que tenía entre sus manos.

—Señora —interrumpí su relato colocándome frente a ella—, aquí no hay nadie, váyase para su casa. Necesito irme y no la puedo dejar sola

aquí —pero ella seguía ignorando mis palabras, miraba cada vez más lejos como queriendo alcanzar algo con sus recuerdos—, mire, yo voy rumbo al Rey Colimán, si quiere la dejo por ahí, pero aquí no puedo dejarla sola.

Es bien sabido de los accidentes en las vías del ferrocarril. Desde que comencé a trabajar para Ferromex me tocó ser testigo de algunos. Y no quería ver otro más. Es más, yo ni debería de haber ido a trabajar ese día. No había nada que revisar, solo balasto, fierros y una vieja estación que se caía a pedazos, comida por el tiempo. Pero aquella mujer miró directamente a mis ojos ensimismada y dijo:

—Tomó mis manos entre sus ganas y las llenó de te quiero. Que sólo se iba tres meses, 120 días, 130 mil suspiros. Cuando sonó la locomotora a lo lejos, le supliqué llorando no te vayas, él juró que volvería, calmó mi sollozo con sus besos y subió al vagón —continuó con la tristeza reposando en sus mejillas—, seguro que lo ha visto pasar por ahí, dígame que lo esperé todas las noches, que aunque la gente dice que morí, sigo viva en sus recuerdos.

El silbato del tren que sonó a lo lejos me hizo voltear, más por la curiosidad que por la duda, yo estaba seguro que el último tren ya había pasado. Pero las vías seguían intactas, ni el viento se atrevía a permanecer ahí. Quise mirar a la mujer de nuevo, pero en su lugar sólo había una foto dañada por el tiempo.

La imagen mostraba en primer plano a una chica con vestido amarillo, un sombrero de paja y guantes blancos, con una mano en lo alto sosteniendo un pañuelo. A lo lejos una locomotora y un hombre que asomaba medio cuerpo por la ventana, con camisa azul. Y al reverso, con cursiva, escrito un, te quiero.

Regresé a casa con el escalofrío aún recorriéndome los huesos, dejé la foto en la repisa del recibidor y entré directo a la cocina para contarle la historia a Lucía, mi esposa. Estaba en eso cuando entraron mamá y papá cargados de regalos que darían a los niños esa noche.

Lucía y mamá acomodaban los regalos, cuando mostré a papá la foto del suceso y temblando, con una media sonrisa susurró:

—Yo también.



El silbato del tren que sonó a lo lejos me hizo voltear, más por la curiosidad que por la duda, yo estaba seguro que el último tren ya había pasado. Pero las vías seguían intactas, ni el viento se atrevía a permanecer ahí. Quise mirar a la mujer de nuevo, pero en su lugar sólo había una foto dañada por el tiempo.



Hasta los tímpanos

Piramidal

Eréndira Cortés

*There was nothing to fear,
nothing to doubt*
Thom Yorke

El jeep surca el desierto y a su paso una nube de polvo adorna el panorama. Guiza se queda atrás. Los arqueólogos no hablan, cada quién medita su propio asunto entre el bullicio del motor. La profesora pierde la vista en el horizonte, le llega un canto de repente, parece repetitivo, pero avanza como el vehículo que los transporta. Siente como si lo conociera de otros tiempos, quizá sea regalo de antiguas civilizaciones y mientras lo susurra va esculpiendo sus formas para nunca olvidarlas.

Tengo justo treinta pesos. Sin pensarlo me dirijo a la sección de discos piratas. Las portadas son en blanco y negro, elijo la que más llama mi atención, un compilado de grupos alternativos. Noto algunos nombres conocidos y pago la cantidad exacta. De camino a casa exploro mi nueva adquisición, escucho un par de segundos y voy dando siguiente, siguiente, siguiente. Ninguna me atrapa.

Más tarde pongo el disco en la computadora. Comienzo a agarrarle el sabor a algunos temas cuando irrumpen las notas de un piano, sin darme cuenta dejo de teclear y escucho. Pareciera una secuencia, pero no, cada acorde se desplaza más lejos del anterior como si dudara. Un agudo se cuela en forma de U, y

sólo con esa letra habla, hasta dar a luz las primeras palabras. No las entiendo porque se arrastran una contra otra, hipnotizándome al punto del arrullo.

Por la ventana observo cómo el planeta me desplaza naturalmente, el cielo y esas notas me lo dicen, todo es movimiento. Reproduzco de nuevo la canción, no me canso de oírla porque sé que no es la misma, porque cada vez entiendo más lo que no dicen la música y la voz. Entrecierro los párpados. Tras la U irrumpen percusiones que cada tanto redoblan. Se me aparece la noche con sus astros y entre la negrura surgen figuras piramidales, pueden ser de muchos tipos, pero su color siempre es dorado. Me quedo en trance, reproduciendo la misma pista una y otra y otra vez.

Se quedó absorto en las figuras egipcias del museo. Fue tal su introspección que el bullicio de los visitantes se fue apaciguando y pronto se convirtió en un zumbido monótono. Cuando el guardia le avisó que cerraban, el eco aún resonaba en su mente. De vuelta al estudio le llevó unos minutos componerla. Fue distinto a otras ocasiones, las notas venían de otra parte. Creyó que era un ritmo nuevo, estructurado como las caras de un poliedro. En realidad, la forma debe ser una espiral. Aunque pareciera evocar imágenes oníricas, es una reminiscencia de la muerte, pero vista como una secuencia de apagadas y encendidas de luz, donde la energía nunca deja de fluir.



ERMITAÑOS



Tecnocultura

Ermitaños

Herles Velasco

Cuando pensamos en un documental cinematográfico generalmente nos remitimos a ser testigos de lo capturado por el ojo de un director, pero este concepto se empieza a modificar con la creación de proyectos transmedia que los jóvenes directores están integrando a su trabajo documental; tal es el caso de *Ermitaños*, ópera prima de la directora Daniela Uribe, que próximamente se presentará en salas de cine pero que hermana al formato tradicional la cuenta de Instagram @ermitanosdocumental y un estupendo webdoc www.ermidadoc.com.

Ermitaños se sumerge en la vida que transcurre en el emblemático Edificio Ermita, que se alza desde 1930 en la esquina que forman Avenida Jalisco y Avenida Revolución, en Tacubaya, CDMX, y que hoy es el referente perfecto de la vida de la generación millennial.

La construcción, diseñada por el arquitecto Juan Segura, se adelantó a su tiempo y parece construido ex profeso pensando en las características de la vida de los jóvenes en pleno 2020. Daniela Uribe toma el aspecto social de la vida de sus habitantes, “los ermitaños”, como eje central de su proyecto y es así como surge la idea de ir más allá del documental para invitar al espectador a recrear la experiencia que tienen estos ermitaños día a día.

Así, en este webdoc, Uribe nos permite transitar por el edificio, recorrer sus pasillos y espacios en 360 grados y, a través de un excelente y depurado trabajo de sonido, animación y programación, vivir la experiencia de mudarse a alguno de sus pequeños departamentos-estudios enfrentando el espacio y

el presupuesto del habitante promedio del edificio. Con una realización lúdica, la animación nos permite decidir qué muebles poner y en dónde, así como conocer los alrededores del edificio para ubicar la zona de nuestra nueva vivienda. Ingresar a la intimidad del chat de los vecinos ermitaños y conocer así las inquietudes, problemas y logros de quienes comparten sin compartir sus espacios unipersonales.

La experiencia del webdoc se convierte entonces en una donde arquitectos, niños, curiosos o posibles nuevos habitantes pueden sumergirse y enfocar su atención en las diferentes capas de profundidad que ofrece *Ermitaños*.

Uno de los logros de este documental interactivo es no convertirse en sólo una mezcla de lo que vemos (veremos) en el documental cinematográfico, si no que encuentra su propio estilo y su lenguaje estético y conceptual. El proyecto transmedia de *Ermitaños* ganó por todos estos méritos el apoyo de PROCINE en el 2019, después de cinco años de arduo trabajo.

Así, las plataformas digitales no sólo no sustituyen al cine documental “tradicional”, si no que enriquecen el discurso narrativo y visual cuando se diseñan pensando nuevos paradigmas de contenido y lenguaje y no sólo como un instrumento de promoción en redes, lo que logra *Ermitaños*.

La invitación que hace Daniela Uribe para convertirse en el noveno “ermitaño” de su película queda abierta para que conozcan esta joya histórica de la arquitectura del siglo XX y la cultura sociológica de sus habitantes del siglo XXI.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un dramático bautizo deportivo

Don Manuel Sánchez Silva

(20 de noviembre de 1955)



En 1927, en que el estado y especialmente la capital vivían bajo la amenaza de los cristeros, la inseguridad de los caminos y las continuas interrupciones del servicio eléctrico limitaban los escasos motivos de esparcimiento. El cine “Rialto” —único por aquel entonces— registraba una pérdida sistemática, pues el público se abstenía de asistir ante la perspectiva de que a media película se diera por terminada la función, a consecuencia del sabotaje de los alzados, que frecuentemente cortaban las líneas conductoras de energía eléctrica. Por otra parte, los tradicionales paseos a Pascuales, Rancho de Villa, Peñitas y otros sitios pintorescos, quedaron casi suprimidos.

Roberto Mendoza Franco, ingeniero dinámico, deportista y entusiasta, concibió el proyecto de organizar un club deportivo, que aparte de fomentar la afición por los ejercicios físicos constituyera una oportunidad de acercamiento social y divertimento honesto.

Disfrutaba el ingeniero de grandes influencias en las esferas oficiales, que capitalizó en beneficio de su propósito. Estos factores y la entusiasta colaboración de algunos amigos, permitieron la creación del ADO (Asociación Deportiva del Oeste).

El viejo frontón de la Escuela Superior “Ramón R. de la Vega” —ahora Presidencia Municipal— fue reconstruido y acondicionado, se techó de pizarra un pequeño patio del propio establecimiento, instalándose un gimnasio equipado con numerosos aparatos, dotándose de cuatro regaderas, un departamento de estanterías individuales para cambio de ropa y, al fondo, una alberca de gran amplitud.

Roberto obtuvo una modesta cooperación económica del gobierno del estado para costear el importe de las obras, pero la mayor parte del dinero invertido provino de las cuotas aportadas por los socios del club, escrupulosamente manejadas, y de las utilidades proporcionadas por las funciones de box, organizadas para obtener fondos.

Entre las Fuerzas Federales que por aquel entonces guarnecían a Colima, figuraba un soldado raso conocido por el apodo de *El Pelón*, que se había destacado por su habilidad pugilística.

Alto, delgado y ágil, gozaba de una merecida fama conquistada en ocho o diez peleas de aficionados, entre todas las cuales le habían levantado el brazo. Era el orgullo de sus compañeros y hasta los propios jefes lo distinguían y consideraban.

Con el deseo de aumentar el interés de las peleas, y desde luego los resultados económicos, Roberto elaboró un programa de boxeadores locales y de otras partes del país. De Guadalajara vinieron Manuel Barba, Jesús Herrera y Francisco Vega. Los récords de los dos primeros, que acusaban una categoría muy por encima de nuestros valores criollos, impidieron encontrarles adversarios dignos de su cartel, imponiéndose la necesidad de enfrentarlos entre sí. En cuanto a Vega, se le opuso *El Pelón*, nuestra ficha dominguera.

El encuentro se efectuó en el teatro Hidalgo, en donde *El Pelón* halló la tumba de todos sus prestigios: Vega le pegó hasta con la cubeta, como se dice en el argot boxístico, y la afición colimense guardó luto por su ídolo derrotado.

Herrera, que se hacía llamar “Kid Tampico”, le halló gusto a Colima. Era un muchacho de unos 20 años, hecho de fibra e ímpetu, como un resorte de acero fino, sabía mucho de box y pegaba fuerte. En su pelea había demostrado una magnífica mano izquierda, excelente cabeceo y, sobre todo, un corazón bien puesto y mucha clase. Pesaba 10 kilos menos que su contrario y aun cuando perdió la decisión, dio una pelea de valiente y experto.

A sugerencia de Herrera, Mendoza Franco lo contrató como maestro de box para el ADO, en donde diariamente entrenaba y aconsejaba a los socios afectos a calentarse las orejas. Herrera fue el verdadero maestro de Manuel Marín, que años después hiciera carrera en los cuadriláteros.

Para atraer la atención pública sobre el gimnasio del ADO, se resolvió organizar regularmente peleas de box en la espaciosa cancha del frontón. Se construyó un ring desarmable, que cada ocho días se articulaba en la mitad del área disponible, colocándose en torno nutridas sillerías.

La propaganda de las peleas se hacía por los propios socios del club, que desde tres o cuatro noches anteriores a los encuentros recorrían la ciudad a bordo del más destartado de los “fotingos” del sitio, anunciando los nombres de los próximos peleadores, distribuyendo al paso programas y preventivos, y armando el más horrisono de los escándalos con el furioso sonar de “huíjolas”, cencerros y botes de hojalata. ¡Juventud, divino tesoro...!

Una ocasión, Herrera se puso solemne. Habló con los directivos del club, diciéndoles que la hospitalidad y buen trato que le habían dispensado, obligaba su gratitud para Colima, al grado de haber resuelto “rebautizarse”, deseando llamarse en lo sucesivo “Kid Colima”, y pedía con ese motivo se organizara una función boxística de importancia, en la cual, naturalmente, él tomaría parte.

Roberto cogió al vuelo la ocasión de llenar la cancha. Se contrató a boxeadores de Guadalajara y Manzanillo y se anunció el acontecimiento a grito herido. El programa confeccionado era a base de peleas-estrellas.

De Manzanillo vinieron Jacinto Vélez “Kid Búfalo”, que ya por ese tiempo era célebre por sus hazañas y después llegó a campeón olímpico y a disputar el campeonato mundial de los Welter, y un muchacho llamado Luis Gómez, que había aceptado medirse nada menos que con Herrera, nuestro campeón de campeones.

Cuando los directivos del club llegaron a la cancha, una hora antes de empezar la función, quedaron desagradablemente sorprendidos al conocer a Gómez, cuyo aspecto no podía ser más desconsolador y así lo hicieron conocer a Búfalo, que lo había traído. El Kid pretendió tranquilizarlos:

—No tengan pendiente —les dijo—, yo respondo.

—Pero este muchacho está hecho de popotes y papel de china.

—Necesita un “bistec”. Tiene cara de ayunador oficial.

—Herrera lo va a matar...

Búfalo sonreía confiado: —No se preocupen. Yo sé lo que traigo.

Fue una magnífica noche de box. Todas las peleas resultaron apasionantes y el público estaba ronco de gritar y con los nervios rotos cuando llegó la última, la de Herrera.

Poco faltó para que el anunciador —uno de los socios del club— se desmayara cuando subió al entarimado Luis Gómez.

Descolorido, con el pelo lacio en desorden y la mirada apagada, saludó al público y fue a sentarse a su esquina. Una humilde toalla cubría sus hombros, pero era de tan reducidas dimensiones que dejaba ver el brazo izquierdo atrofiado. Un rumor desaprobatorio moscardéo en la atmósfera.

Afortunadamente la aprobación de Herrera atrajo la atención. Subió al ring sonriente, confiado, estrenando una espléndida bata de seda y el engrasado cabello peinado hacia atrás, con el esmero irreprochable de un tratado de geometría.

La concurrencia prorrumpió en alaridos de entusiasmo.

Cuando se hizo el silencio, subieron al ring los directivos del club y el anunciador abrió el zíper al discurso sentimental que habían preparado para la ceremonia. Con voz emocionada y ademán patético, hizo notar la significación del esfuerzo desarrollado por Herrera en beneficio del deporte en Colima: sus virtudes de muchacho correcto y temperante que ejemplificaba a la juventud, apartándose de las tentaciones mundanas para entregarse devotamente al deporte, y finalmente, aquel gesto suyo de gratitud, propia tan sólo de un corazón noble, de cambiar sus nombre de combate, Kid Tampico —esmaltado por los prestigios de innumerables victorias—, por el de Kid Colima, en prueba de simpatía y cariño a nuestra tierra. La ovación debió oírse en el Madison Square Garden de Nueva York.

En seguida, el presidente del club extrajo de un estuche una hermosa banda de seda con los colores de ADO, donde se había impreso en letra gótica Kid Colima, y la terció en el hercúleo torso de Herrera, mientras éste asumía el grave continente de don Quijote cuando fue armado caballero en La Venta. La concurrencia aullaba. ¡El delirio!

Con paso de ceremonial diplomático, descendieron los directivos y el anunciador. Se hizo un silencio cargado de electricidad, sonó la campana y empezó la pelea. Es decir, inició la representación de lo absurdo.

Desde el instante inicial, Gómez se transfiguró. Un lobo hidrófobo, cebándose en una víctima indefensa, hubiera resultado una débil comparación con la furia del baldado. Ciertamente el brazo izquierdo de poco le servía, pero ¡cómo manejaba el derecho! y ¡qué manera de mover las piernas! A una velocidad de vértigo entraba en contacto, descargando su derecha con la rapidez repetida de un émbolo, para escabullirse luego, con elasticidades felinas, antes de que Herrera tuviera ocasión de reponerse de la andanada y menos de tomarle la distancia.

Al terminar el primer round, Kid Colima tenía la cara enrojecida por los golpes y una expresión de atontamiento y estupor.

El resto de la pelea fue una reproducción de la primera escena, el desarrollo de lo inconcebible. Y así transcurrieron los diez episodios. Cuando sonaron los tres campanazos finales, Herrera estaba deshecho. Física y moralmente deshecho. El recoger la votación de los jueces fue un mero formulismo para el réferi. Kid Colima había sido absoluta y definitivamente derrotado por aquella máquina de golpear, disfrazada de guiñapo humano.

Y fue así como nació y murió Kid Colima, en una noche deportiva de dramática intensidad.



Cibercafé La Cerca

Leopoldo Barragán Maldonado

Desde las primeras civilizaciones que florecieron en los márgenes de los grandes ríos del norte de África, Medio Oriente, la India y China, gran parte de las enfermedades se consideraron como producto del azar o castigos divinos, especialmente entre los egipcios, quienes llegaron a concebirlas como una consecuencia de transgresiones sociales y religiosas. A pesar de la enorme separación cronológica, tecnológica y científica con aquel pueblo, seguimos, en cierta manera, manteniendo aquellos esquemas mentales, principalmente al referirnos al azote del coronavirus. Es cierto que a nivel mundial el flagelo de la pandemia impactó de múltiples formas, destacándose el deterioro económico, situación que llevó a numerosas personas a buscar alternativas para sortear la crisis.

En nuestros días la palabra ‘resiliencia’ está de moda, Gottberg (1995) la explicó como la capacidad que tienen los humanos para enfrentar adversidades y superarlas, e inclusive ser transformados por dichas situaciones. No hay nada nuevo ni original en tal descripción. En tiempos de la Restauración (1815-1848) el filósofo Maine de Biran (‘actúo, luego soy’), en su teoría del esfuerzo y la resistencia, apunta que el esfuerzo del sujeto y la resistencia del objeto, no sólo se convierten en el primer acto del conocimiento, sino además en la base de todo obrar social, moral y político. También Arnold Toynbee (1889-1975), en términos historiográficos, con su categoría de ‘incitación y respuesta’, nos da a entender la capacidad que tienen los sujetos y los pueblos para generar respuestas vigorosas tendientes a superar las adversidades humanas o ambientales para formar las sociedades o civilizaciones.

En el marco de la contingencia sanitaria decidí lanzarme de nueva cuenta al mundo empresarial para enfrentar de un solo golpe dos retos; primero, alejar el tedio del confinamiento –que de hecho nunca lo respeté– y sus consecuencias económicas; segundo, superar el prejuicio de que las generaciones nacidas en la década de los cincuenta estamos rezagadas por la tecnología. Así que aprovechando la inactividad de los trabajos ‘no esenciales’, y reconociendo que no soy una chucha cuerera en cuestiones cibernéticas, opté por un abrir cibercafé, a ver qué pasaba. Sólo fue cuestión de seleccionar el lugar apropiado que brindara tranquilidad y comodidad a los futuros usuarios. Bajo la sombra de un frondoso árbol y sentado sobre una cerca de piedras, plácidamente tomaba mi café mientras revisaba las mal llamadas redes ‘sociales’, el tiempo transcurría imperceptible, acompañado por cánticos de jilgueros y el relinchar de los caballos, me recreaba matando el tiempo antes de que el tiempo lo haga conmigo. Es cierto lo que dice Cioran de que se está bien entre asesinos.

En aquel lugar instalé mi cibercafé, que denominé ‘La Cerca’. Este rincón cibernético lo abro cuando se me antoja y en el horario que me da la gana; por estar a bordo de carretera no tiene problemas de estacionamiento, cuenta con excelente servicio de cafetería, panadería, y todo el potrero puede ser usado como sanitario. Con todas estas fortalezas mercadotécnicas, y al ofrecer un trato personalizado, rápidamente me hice de un cliente que se llama Don Carmelo, a quien le ofrezco un banquito para reposar y una pieza de pan que nos endulce la plática.

Carmelo es un ejidatario que nació en Cofradía de Su-chitlán, el 16 de julio de 1935. Todos los días se dirige a su parcela, pues según él siempre tiene cosas que hacer: “diario



Don Carmelo.

Bajo la sombra del frondoso árbol y entre el gorgorco de los jilgueros. Don Carmelo dijo un filosofema que amerita reflexión aparte: “Para morirse uno, no hay especialidad”.

voy a repostear y a ver qué les hace falta a las matas de café, me voy como ahorita en la mañana y ya bajo anocheciendo. En tiempos de aguas siembro maíz, siempre que Dios nos dé licencia”. Al ser hombre de campo Don Carmelo es muy atento y educado como aquellos que no fueron a escuela, siempre que acude a mi cibercafé me saluda de mano sin importarnos el contagio, dice el campesino: “yo no sé qué intimas tiene eso, yo no creo en eso, es pura política de presidentes y de empresarios. No sé si ustedes ya se fijaron que en la Biblia dice que ya pasaron siete años de abundancia, ya lo vimos, que para todo había apoyo, soltaban a manos llenas el apoyo para los campesinos; y de un de repente se acabó. Y entonces dice la Biblia que pasando los siete años se tenía que ver la carestía, en eso estamos, y es mundial, y que se tienen que ver muchas cosas que uno de hombre cultiva, y que tendría que haber mucha plaga, como el mayate frailin que se come el jilote. Mira, la Biblia dice que llegará el tiempo en que se tendrán que pelear entre políticos, yo veo que por ahí vamos; la están haciendo muy larga, no va a ver clases hasta el otro año, porque no se sabe cómo se ponga la cosa entre los países”.

Para Don Carmelo la recomendación del ‘quédate en casa’ no es buena: “yo no apechugo nada de eso, allá en Colima hace mucho calor, y la gente es muy delicada, por lo delicado más se taima uno; luego, eso que no pueden salir, pues los pies se entumen, hay que salir, hay que circular y luego, vamosle poniendo, no sabemos a vuelta de años cómo vamos a quedar, qué se ganan los ricos con su dinero?, ¿a quién le van a comprar? ¡Si no quieren que se venda nada! Aquí en Cofradía no se sabe nada de eso, nadie se está cuidando, ni se está uno atemorizando, aquí no pasa nada”.

A pesar de su edad, el ejidatario camina con paso firme, cargando su guadaña y portando un sombrero para protegerse del sol, asegura Don Carmelo: “poco me enfermo, gracias a Dios que mi cuerpo no ha sido delicado, yo siempre caminando para allá y para acá; muchos por cualquier cosita están malos y ya no pueden caminar ni salir, yo tomo agua fresca de naranja y de limón”.

Mi cliente vincula la salud física con el consumo de algunos cítricos portadores de propiedades nutritivas y curativas, el Hipócrates de Cofradía nos da una receta para combatir la acidez estomacal: “a veces me enfada el café porque es caliente, *coso* hojas de limón, es saludable, y las hojas de naranjo agrio son mejores que las del limón; pero la bola de limón cura para varias enfermedades, si quieres puedes utilizarlo para la fuerte gastritis, y que no hayas con qué calmarla, exprime dos limones y te los tomas; cura enfermedades de mal oficio, lo mismo el blanquillo, el de gallina de rancho, pero eso sólo los que saben curar”. Este médico naturista nos remite al principio homeopático *similia similibus curantur* (los semejantes se curan con los semejantes).

En nuestra última conversación, bajo la sombra del frondoso árbol y entre el gorgoreo de los jilgueros, Don Carmelo dijo un filosofema que amerita reflexión aparte: “Para morirse uno, no hay especialidad”. El chispazo filosófico de Don Carmelo, por lo pronto me puso en la antesala de la hermenéutica, ya que una cosa es filosofar y otra estudiar filosofía. Filosofar es pensar, estudiar filosofía en repensar lo pensado. Vale más pensar por cuenta propia. Si quieres ser repensado por otros empieza a cavar tu propia tumba.

Los versados

Lía Llamas

¿Cómo nace un poema?

¿Acaso podría tener un útero que expulse la letanía de palabras que hilen la respiración de unos versos llenos de deseos por vivir?

¿O quizá sólo sean el deambulatorio de neuronas que se adiestran así mismas como sus portadores literatos, aplicando todo lo que es necesario para permanecer en un mundo que es cada vez más razonable?

¿Tendrán la fuerza que une la cabeza con el corazón? o simplemente es la coartada para poder decir: “hey, soy una poeta” “mira mis letras, mira cómo corren, tienen mi sangre”,

y al mismo tiempo vomitarían sobre las mismas, porque entonces para eso ya existían en una simple hoja

porque antes de ser tinta estarían en la cumbre de una montaña

o en las aguas más enlodadas del río Tepamiche

convulsionando en cientos de cuerpos ancestrales

donde por medio de símbolos en las cuevas

se erigieron las sonatas más impresionantes y sinceras por haber

el creacionismo era simplemente una canción para todos los depresivos

los dioses andaban descalzos por las praderas

gritando la filosofía sin necesidad de espectadores

y ahora parte de esa especie estamos enclaustrados

víctimas de nuestros propios demonios

el Sars-cov-2 es una alegoría a lo merecido

una santificación a la pureza que oculta la verdadera esencia

del todo que fue

estoy segura que Slavoj Žižek mientras se toma su whisky barato

podría darme una palmada en mi espalda

y decirme “quema todos tus poemas,

son baratijas que sólo adquieren su valor ya quemados

ve más allá”,

entonces yo encendería un cigarrillo escuchando a los Sigur Rós

intentando desasirme de aquellas manías por abrazar la poesía

desnuda sobre mi cansancio ajeno

los poemas no nacen del dilucidar la libertad

sino del corazón que late fuera de una tumba

tumbas que serán nuestro hogar infinito

no soy poeta ni nada, pero quiero confesar que los huitziles

los huitziles son mi kybalión...



Solarium # 2, pintura de Seth Armstrong.

Intimidades

Ángel Gaona

Erotolalia: Hace referencia a la utilización de un lenguaje exclusivamente obsceno, como única manera de conseguir la excitación sexual.

Ella me contó cómo descubrió su gusto por el sexo. Las primeras experiencias le dejaron el desagrado de no sentir nada placentero, al grado de pensar que así sería el resto de su vida. Pero un día conoció a uno que fue distinto a los anteriores. Se dejó llevar casi por inercia, como con los otros, pero éste al menos tenía la capacidad de hacerla reír con su desenfado, uno de esos gandules que le salían al paso, animados por el imán de sus torneadas piernas, y un cúmulo de cualidades que le resultaban muy atractivas a la mayoría de los hombres.

Aceptaba los galanteos y llegar a la cama, esperanzada en el milagro de conocer a alguien diferente que le hiciera conocer el verdadero placer del que solo tenía una idea vaga, pero que hasta ese momento le era del todo ajeno. Le sucedió de una manera repentina, loca. Se entregó a él sin mayor expectativa, acostum-

brada a tramitar esos encuentros con la actitud de quien no espera mucho; se sobresaltó cuando él comenzó a hablarle con frases y palabras fuertes, cargadas de una impudicia hasta entonces desconocida para ella. Su reacción al principio fue de desconcierto, empero, poco a poco, una especie de latigazos internos despertaron fibras y nervios que habían permanecido inertes en su cuerpo. En su avivamiento, la despabilaron de su letargo, haciéndola vibrar y experimentar un alborozo, que ni en sus fantaseos más perturbadores se hubiese imaginado.

Su pudor le impidió contarme los detalles, no se atrevió a pronunciar aquello que, susurrado en su oído, provocó en ella una excitación tal que la condujo al orgasmo. Una vivencia contrastante con su andar previo en esos caminos. En lo sucesivo cambió radicalmente su actitud hacia los hombres

y a la búsqueda de aventuras igualmente placenteras. Yo, tuve la suerte de escuchar esta historia desde un diván improvisado en el asiento de un carro, sin mirarnos uno al otro, al amparo de un hermoso atardecer en el campo.

Se dejó llevar casi por Sincercia, como con los otros, pero éste al menos tenía la capacidad de hacerla reír con su desenfado, uno de esos gandules que le salían al paso, animados por el imán de sus torneadas piernas, y un cúmulo de cualidades muy atractivas a la mayoría de los hombres.

...Know one thing or two

Noé Ranferi Sampedro Hoyos

Tal vez no somos quienes fuimos en un principio, cuando quedamos en la mirada y empezábamos a querernos. Pero puede que en ese primer destello de nada que se guarda en algún lugar del agua del estanque cercano a ti, a mí, haya algo que baste, algo entonces, lo bastante de algo para poder volver desde cualquier punto lejano o cercano en que podamos estar. Y si no hay regreso, más que tal vez solo en el sueño, ese gran bajar de pestañas de los grandes ojos que van siendo todos los días, vistos desde todos los presentes, entonces habrá que soñar. Despertar en cualquier día e impregnar todas las cosas, todas las horas, los rostros, instantes, toda la luz de la humedad del sueño frío por el recuerdo, y en cada tacto haya y tenga que haber acaso una leve tibieza que nos mantenga vivos, que nos vaya salvando, llevando por el cauce de tactos, encuentro de los ojos con el sol último, la mano con el mármol, los pies con el suelo, andar. Colgados de todo ese imposible que nos brilla al fondo de los ojos y nos arde en todo. Soñarte imposiblemente tantísimo tiempo, lo que me dure el recuerdo, la vida.

Tal vez no somos quienes fuimos ni podríamos ser, cuando por primera vez nos miramos debimos saberlo, pero cómo saberlo, cómo pretender sensatez, cordura en momentos de pura embriaguez así. Embriaguez poética por lo eterno que tendríamos que ser para poder reconocernos en la espiral de cambios que fuimos siendo y somos, confuso caos, vértigo ilusorio y delicioso, habría que preguntarnos por lo que aún no terminamos de ser y no podríamos.

Por lo que somos y no. Permanecer en la pregunta. Mírame ahora, y permanece mirando, que de pronto siento que no puedo, que no estoy en ninguna parte, déjame sentir que me eres tú la que realiza el aire de la tarde, la luz enternece, cayendo sublime en los árboles, en tu mirada, acaso seas tú misma y no yo lo verdadero aquí, acaso me pierda feliz en aquellos páramos inmensos que imagino.

Entonces tal vez las circunvoluciones de la sangre funcionando, las entrañas, fusionando los respiros espirales, ardiendo el éxtasis, sean la única forma en que sintamos todo en que seamos todo por una sola vez, en una sola vida y un respirar pleno de regocijo eterno y satisfechos morirnos, todo lo que nos duren las eternidades en forma de flores u ocasos que pacientes podamos sembrarnos en los jardines de nuestros cuerpos o sentir que podemos, que podríamos, que al final de todo esa sea la razón de todo, cualquier cosa, y en el acto levantar un monumento, el poema de nuestros cuerpos excitadísimos, extasiadísimos, seguros de querer acabar con todo ahí, en cualquier parte donde pudiéramos encontrarnos. ¿Qué más habrá, qué más

habría qué hacer después de verte, y haberte amado al punto de sentir incendiados todos los campos secos de inmensidades en tu presencia lo mismo que en tu recuerdo? Sería una sombra lo siguiente, todo lo demás, una sombra de posibilidad de la que lo mismo se podría iniciar otro fuego universo, sombra fría de tu recuerdo, me tiene helado, me tiene triste, preocupado bajo el pleno sol del mediodía, ese ir muriendo, este ir muriendo por hoy te quiero, por siempre.

Tal vez no somos quienes fuimos ni podríamos ser. cuando por primera vez nos miramos debimos saberlo. pero cómo saberlo. cómo pretender sensatez. cordura en momentos de pura embriaguez así.



Nick's room, pintura de Seth Armstrong.

La amistad

Carlos Fernando Hernández Bento

(Come as you are, Nirvana)

Quiero que me mires de frente

como un amigo,

como un amigo.

Quiero verte pensando

como un amigo,

como un amigo.

Ahora ven, ya puedo contar contigo

como un amigo,

como un amigo,

como un verdadero amigo.

El falso testimonio

La verdad más clara y limpia

no se halló nunca jamás

en la lengua de la gente.

Contra la falsa verdad

que salta de boca en boca,

se alza como un titán

la verdad más verdadera.

La más cierta, la más alta,

la más grande, la perfecta.

Aquella que habita el alma,

aquella que encierra el pecho.

Ella sola se levanta,

si así fuera menester,

contra la seguridad

de cientos, de millones

o la entera Humanidad.

(Años 90)

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

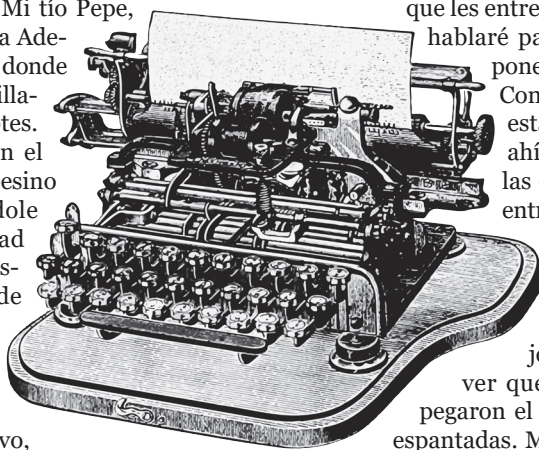
Cosas de difuntos

Carlos Caco Ceballos Silva

OTOÑO de 1926.- Mi tío Pepe, hermano de mi tía Adela, vivía en Tonila, donde manejaba unos billares y una tiendita de abarrotes. Como era muy conocido en el pueblo, un día llegó un campesino muy apesumbrado diciéndole que traía la grave necesidad de algún dinero para los gastos de velorio y entierro de su señora, que acababa de fallecer. Mi tío le dijo que habiendo hecho un pedido de comestibles a Zapotlán, de momento no tenía efectivo, y le aconsejó al interesado que fuera a la Presidencia, les platicara su necesidad y ellos con toda seguridad le ayudarían. Ya fui, les dije mi pena y me dijeron que ya se había agotado la partida, y entonces mi tío le recomendó: lleva el cuerpo de tu señora, se los dejas en la puerta de la Presidencia y ya verás que ellos arreglarán el entierro. Parece que así fue, pues a los dos días fue el campesino a darle las gracias a mi tío por el buen consejo que le había dado, agregando que al verlo con la difunta de inmediato le dieron el dinero. Todo esto se lo platicó mi tío a mi papá en uno de sus raros viajes que venía a Colima.

En el verano de 1953, mi tío se puso malo y debido a que se agravó lo trajeron e internaron en el sanatorio Colima, allá por el barrio de San José. Él era viudo, mi tía ya se había muerto y su hijo Blas trabajaba en Mazatlán.

Mi papá se hizo cargo del enfermo yéndolo a visitar y haciéndose cargo de su atención. Y así pasaron los días hasta que un día, alrededor de las 10 de la noche, Chalo, que por aquel entonces vivía con mi papá y tendría alrededor de 17 años, contestó el teléfono diciéndole que querían hablar con don Enrique, él lo llamó y mi papá después de oírlos contestó: Gracias por esta mala noticia, ya pasaré mañana por el sanatorio. Pasó una hora y volvió a sonar el teléfono y eran del mismo sanatorio. Y entonces mi papá les contestó: Ahorita son las 11 de la noche, yo no puedo hacer nada, así es que háblenme mañana a las 7 de la mañana y entonces yo haré todo lo conducente. Parece que mucho le han de haber argumentado los del sanatorio porque mi papá les retrucó: Si no pueden tener ahí el difunto, entonces les suplico pasar a la funeraria García para



que les entreguen un cajón, yo de aquí les hablaré para que se los entreguen, lo ponen en el cajón y me lo traen a Constitución 5, el zaguán diario está emparejado, lo empujan y ahí lo dejan. Al día siguiente, a las 6 llegaron las sirvientas, y al entrar muy despreocupadas y ver el cajón tapando la puerta del cancel que permanecía cerrado, una de ellas, con la natural curiosidad mujeril levantó la tapadera, y al ver que había un muerto adentro pegaron el alarido y salieron corriendo espantadas. Mi papá, ya despierto y al oír el alboroto, salió al balcón y desde ahí trató de calmarlas sin conseguirlo, y fue hasta que Chalo mi sobrino, y mi papá bajaron, abrieron el cancel y entre los dos metieron el cajón con el difunto al corredor. Desde luego todo lo que sigue fue normal, llegaron las amistades, los familiares, las coronas y empezaron los rezos; por la tarde lo llevamos al panteón a darle una cristiana sepultura. Lo curioso fue que por obra del destino lo que mi tío Pepe aconsejó al campesino allá por 1926, algo parecido le pasó a él 27 años después.

Por la década de los sesenta era conocidísima y apreciada doña Chuy Vázquez, más conocida como *La Güera*, tía de mi amigo Víctor que tenía un puestecito de sabrosos *raspados* que vendía en la parte superior del jardín Independencia. Un día cualquiera enfermó y debido a sus ya antiguos

padecimientos empezó a agravarse. Una o dos veces pasé a visitarla en su casita, allá por la calle Hidalgo, viéndola siempre resuelta y decidida a aliviarse, pues era una enamorada de la vida. Uno de esos días le vino un síncope debido a una coma diabético y murió. Víctor, que estaba cerca, corrió en busca del doctor con la fortuna de encontrarlo, éste de inmediato le dio respiración artificial, la inyectó y quién sabe qué otras cosas, el caso fue que después de escasos diez minutos *La Güera* abrió sus ojos, su corazón empezó a funcionar y pudo articular algunas frases. Y aquí fue sorprendente, triste y expectante, pues dijo con su mirada ya serena y tranquila: “Ya estaba muerta, no sentía nada, ya estaba descansando, ¿por qué me revivieron?”.

* Empresario, historiador y narrador. †

Ingrávido

Alberto Ocón

En el arrastre de los días
van los sonidos de la hojarasca
un cielo de luces apagándose
con el resplandor de tu voz
y la elegancia de tu andar
así te he esperado durante años
hasta que mi propio cuerpo
levite entre las hojas secas

Mar de arena

León Mendoza

El aire rugía aquella noche
el sendero guiaba las sombras
que recorrían perdidas entre los huizaches
buscando ocultar las expiaciones
que dejaron acurrucadas
en algún lugar de aquel desierto
o extraviadas en dunas de sal amarga
iluminadas por una luna
que no quería sonreír más
los aullidos fueron perdiéndose
junto a las lobregueces
esperando a que los tintes
del sol llegaran con su calido adiós